

Función perversa de la 'memoria oficial', función histórica de la 'memoria social': ¿cómo orientar los procesos auto- educativos? (Chile, 1990-2002)**

Gabriel Salazar, Ph. D.

1

Transformaciones violentas, sistemas fácticos, e inercia histórica.

En los grandes procesos violentos de transformación histórica intervienen, con protagonismo *desigual*, la voluntad ciudadana y los poderes fácticos. Con visibilidad *desigual*, los procesos de cambio lento y los torbellinos de cambio rápido. Con peso específico *desigual*, las causas justas y las soluciones innobles. Y tras el paso arrollador de esas desigualdades – como el mítico Juggernaut de la India – quedan muertos y heridos, privilegiados y excluidos, vencedores y vencidos. Y un gran fragor, una gran polvareda donde se mezclan la más nerviosa alegría y el más inmenso dolor, efigies heroicas de un día y crímenes abominables de larga impunidad.

Los 'actos' de un individuo pueden ser ponderados éticamente y juzgados, más tarde o más temprano, a través de procedimientos públicos. Pero las desigualdades que operan dentro de las 'grandes transformaciones' de la historia ¿quién las juzga? ¿Existe el juicio *de* la historia? ¿Cabe hablar del Tribunal de la Historia? ¿Quiénes lo forman? ¿Los historiadores? Y la Historia, si puede 'juzgar', puede, acaso, *condenar*? ¿Y qué decir de aquellos hombres o grupos de hombres que esconden sus actos criminales en los pliegues de impunidad de los grandes procesos históricos, o en los múltiples intersticios de impunidad de los grandes 'sistemas sociales' que, a través de esos procesos, ellos mismos contribuyeron a construir?¹

Es cierto que – como se dijo más arriba – tanto la voluntad ciudadana mayoritaria (con sus causas justas) como los poderes fácticos (con sus soluciones innobles) activan, de un lado y de otro, las grandes transformaciones históricas. Pero su peso específico en el desenlace final de esos procesos es, siempre, desigual. En casi todos los casos, la mera presencia de los poderes fácticos en la historia implica el predominio de éstos en el desenlace final: ¿qué pueden las causas justas contra el 'poder de fuego' organizado y politizado? En los hechos materiales que deciden ese desenlace, poco, o nada. Por eso, los sistemas sociales construidos a sangre y fuego son más 'sistémicos' que los construidos de otra manera. Desde un punto de vista teórico, son unilateralmente 'puros'. Responden más exacta y fielmente a una 'idea' determinada. Representan mejor y más directamente a quienes se deseaba representar. Son, en este sentido formal, más perfectos. Sobre todo, si después de establecidos, siguen teniendo la

¹ G.Salazar: "De la justicia estatal al tribunal de la Historia (Dictadura en Chile: 1973-1990)", Encuentro XXI 2:6 (1996), pp. 140-149.

garantía del mismo poder de fuego que los ayudó a nacer. Como ‘sistemas’ pueden, incluso, desplegarse, expandirse y crecer. Y enorgullecerse públicamente de ello.

El problema que los aqueja, sin embargo, es que, rodeándolos, junto a su perfección formal y solidez aparente, pervive el ‘fragor’ y la ‘gran polvareda’ que se levantó cuando fueron contruidos. Que no son parte del sistema mismo, sino de su *inercia histórica*. Inercia que no está constituida, ni por balas, ni por leyes, sino por dolores viejos, injusticias sin olvido, cicatrices políticas que no se borran, causas justas que no mueren, impotencias frente al ‘orden’, eclipses de futuro, rabias sordas, rezongos culturales, identidades al margen, energía social empozada, etc. La inercia histórica de un sistema construido por poderes fácticos es, antes que nada, pegajosa. Se adhiere al sistema y ensucia su blancura. Más aún: lo oxida, lo corroe, lo debilita. Molesta, estorba, embaraza sus piernas, no lo deja avanzar con fluidez. No permite celebrar el triunfo a tambor batiente y hacer de él una efeméride para toda la posteridad. Impide reír a carcajadas. Preocupa. La inercia histórica de un sistema construido a sangre y fuego se convierte, con el tiempo, en el principal enemigo de los vencedores. Y viene a dar con ellos una segunda guerra. No caliente, por cierto, sino tibia. No con balas, sino con recuerdos. No decretando, sino debatiendo. Como un conflicto cultural y político del sistema consigo mismo. Como un pugilato con su propia sombra. O sea: con la *memoria y la palabra* de sus ciudadanos.

Los científicos políticos ven en esa inercia histórica el problema de la *legitimidad cívica* de los sistemas sociales y políticos². Los historiadores de la Nueva Historia ven allí el rol protagónico que, en ese problema, juega la *memoria social*³. Los intelectuales a sueldo de esos sistemas y sus políticos respectivos ven allí un problema de “imagen pública”, un trabajo urgente de *legitimación tardía* que deben realizar a como dé lugar⁴.

La inercia histórica de un sistema social construido a sangre y fuego es, en sí misma, un *poder cultural disponible*, peligroso para algunos, prometedor para otros. Un contrapoder que, para los primeros, debe ser ‘combatido’, acotado, recortado, reacomodado, disciplinado y anulado (no se puede encarcelar, ni asesinar), y para los segundos, un criterio de verdad que debe ser desplegado, proyectado, aplicado y convertido, si fuera posible, en un nuevo sistema social (pues no ha sido encarcelado, ni asesinado). La supervivencia de ese ‘poder’ determina que, como quiera que sea el *statu quo* impuesto (con reconciliación entre los bandos o sin ella), el conflicto continúa más allá de su desenlace político-militar, sólo que en *otros* términos y con *otras* proyecciones. Razón por la cual ni los vencedores son vencedores definitivos, ni los derrotados han sido aniquilados definitivamente. Pues les resta el combate por la legitimación o deslegitimación *tardía* del sistema. La guerra de las memorias. La aniquilación sistémica de la inercia histórica, o la transformación cívica del sistema dominante. Conflicto que no es aun ‘otra’ transformación histórica u otro cambio revolucionario, sino la liquidación de los saldos, el pago de deudas, la sistematización de la conciencia colectiva. O sea: el último trámite político de la transformación anterior, y el primer

² P.Berger & T.Luckmann: La construcción social de la realidad (Buenos Aires, 1993. Amorrortu), pp. 121-122, y J.Habermas: Problemas de legitimación en el capitalismo tardío (Buenos Aires, 1991), pp. 120-128.

³ Ver de M.Garcés et al. (Comp.): Memorias para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX (Santiago, 2000, LOM), passim.

⁴ Entre otros: E.Boeninger: Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad (Santiago, 1997. Andrés Bello), passim.

trámite *judicial* del verdadero tribunal de la historia. Que puede, o no, dar curso a un nuevo proceso de cambio social.

Para los vencedores, surge el imperativo histórico de tener que implementar una estrategia política especial para enfrentar la corrosión que conlleva la inercia cultural del sistema que comandan. Es una estrategia aparentemente suplementaria, de añadido, pero que, en el fondo, es de ‘salvavidas’. En sí, consiste en la necesidad de que el sistema exude por sí mismo y desde sí mismo (como un ectoplasma) su propia imagen pública de Dorian Gray (ocultando en las sombras su retrato verdadero). Una propia cuanto artificial inercia histórica. ‘Su’ *discurso* de legitimación tardía (para asegurar la “governabilidad” de los vencidos). ‘Su’ propia *memoria oficial*. Mintiendo su efigie e inventando su espejo. Como un Narciso horripilante que contempla extasiado, sólo, la belleza impúdica de sus mentiras.

Por eso, los sistemas fabricados por los poderes fácticos no sólo viven administrando sus logros: también, para lo que viene después, deben auto-justificarse. Y no una, sino muchas veces. Casi todo el tiempo. Cuanto más, si sus logros, en ese tiempo, se vuelven decrecientes. Cuando, a la larga, a la ilegitimidad de su origen agregan la ineficacia social de su funcionamiento⁵. Si, por ejemplo, son atacados por el estancamiento o la crisis, la necesidad de mantener o mejorar su imagen de mentiroso Narciso o hipócrita Dorian Gray aumenta. Si esto ocurre – y aun antes que esto ocurra –, la memoria oficial comienza a convertirse en una *función perversa* que contamina todas las dimensiones de la vida pública y a menudo de la privada: la política, la intercomunicación masiva, la educación, la legislación, la justicia, la cultura, la convivencia, etc. Ante lo cual, por oposición natural, la memoria social asume, en parte, o en totalidad, la *función virtuosa* de traer hacia la historia procesos cívicos de refresco. De legitimación saneada.

Y si todo eso ocurre, la batalla por la memoria se convierte en un combate estratégico, de trascendentes proyecciones históricas⁶.

2

Funciones estáticas y fluyentes de la ‘memoria oficial’.

¿Cómo monumentalizar el Dorian Gray del ‘sistema’ y ocultar el Dorian Gray de la ‘historia’? ¿Cómo construir un espejo para verse y no ser visto? ¿Cómo disimular las aristas de un sistema social ilegítimo? ¿Cómo seducir sin descubrir la mentira?

Cuando un sistema social es construido ilegítimamente y cuando llega la hora ‘nona’ de su auto-justificación pública, ocurre, a menudo, que se acepta entregar los ‘individuos’ culpables a la justicia pública, para *salvar al sistema ilegítimo de la justicia histórica*. O sea: se prefiere sacrificar los ‘medios’ empleados para salvar los ‘fines’ alcanzados⁷. Pues, a mediano plazo, el sistema en sí es más necesario e indispensable (para los beneficiados de antes y de después) que sus fundadores. Y porque, a la larga,

⁵ G.Salazar: “Construcción de Estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad”, en Propositiones 24 (1994), pp. 92-110.

⁶ Un aspecto de este problema en M.A.Illanes: La batalla de la memoria (Santiago, 2002. Planeta).

⁷ Considérese el comportamiento de la clase política civil chilena respecto del juicio a Augusto Pinochet.

los beneficiados por él pueden *aumentar*, lo que no ocurre con sus perpetradores originales (por ejemplo, aumentan los que, con oportunismo, escalan las posiciones de comando del sistema, *legitimándolas* con su propio escalamiento). Así, a la jauría inicial de ‘fundadores fácticos’ se agrega después la manada de beneficiarios que operan como ‘salvadores legitimantes’ del sistema. Y son éstos los que, sobre todo, necesitan legitimar a como dé lugar lo que era ya, por nacimiento, ilegítimo. Son éstos los que levantan el monumento público de Dorian Gray y ocultan su retrato histórico, y los que, haciendo eso, extienden una mano *legal* (pero ‘amiga’) a los fundadores fácticos que se enredaron en las flojas redes de la justicia institucional. La Ley, más tarde que temprano, juzga a los individuos que no han podido disimular su responsabilidad fáctica en la ilegitimidad de los sistemas, pero no los juzga con la rapidez fulminante de la justicia fáctica, sino con la modorra de la justicia legalizada por esa misma ilegitimidad.

‘Fundadores’ y ‘legitimadores’ necesitan, por razones distintas pero con igual urgencia, construir una *memoria oficial* opuesta a la inercia histórica que arrastra el sistema institucional ilegítimo, para, una vez construida, ampararse en ella⁸. Los primeros, para salvarse de la justicia histórica, y los segundos, para justificar sus beneficios. Y ambos, para mantener a los perjudicados en una conveniente subordinación legalizada.

¿Cómo se construye, consolida y funciona la ‘memoria oficial’?

- a) *Convirtiendo la dominación fáctica en Ley de la República*. La ley suele tener más prestigio del que merece. Por eso, los perseguidos por la justicia histórica se apresuran a refugiarse en ese *surplus* de prestigio, a objeto de moderar o anular la virulencia de esa justicia. Los que se han refugiado allí (que no son pocos, ni muy inocentes) han logrado montar la doctrina (pública) de que *la legitimidad radica en la ley misma, y no en el proceso histórico que la ‘dictó’*. Asegurando que el texto legal en sí, y el acatamiento del texto legal garantizan legitimidad suficiente como para *anular* el proceso histórico originario. Y fundar así las políticas ‘oficiales’ del olvido. La ley dictatorial es, por eso, la primera fórmula constitucional del olvido. Lo cual tiene obvias ventajas, porque el ejército de jueces y abogados que existe en todo país sólo entra en acción cuando hay leyes. Pues son las criaturas putativas de la Ley. No la crean: la obedecen. No la razonan: sólo la aplican. Y al aplicarlas, movilizan el ejército de policías, detectives y gendarmes que están a la espera de esa aplicación. Por eso, si un dictador o un grupo fáctico convierte su poder de fuego en Ley, de modo automático consigue el apoyo y la adhesión de *dos* ejércitos históricamente durmientes, que sólo la Ley Escrita sabe despertar y movilizar. La Ley, como Jesús, pone de pie a los ‘lázaros formales’, esos androides que no tienen vida histórica propia, sino, sólo, la que baja hasta ellos, mecánicamente, de las Escrituras. Seres que, por lo mismo, carecen de memoria propia. Operan, en tales circunstancias, como los ángeles perversos del olvido⁹.
- b) *Convirtiendo el ‘orden legal’ en un valor (metafísico) supremo*. Si la ley termina atrapando la legitimidad, entonces el paso siguiente es convertir el orden público

⁸ Para un análisis teórico de la “memoria oficial” en un país desarrollado, ver de M.W.Apple: *Official Knowledge: Democratic Education in a Conservative Age* (New York, 2000. Routledge), sobre todo capítulos 1 y 4.

⁹ Un testimonio de esto en René García Villegas: *Soy tetigo. Dictadura. Tortura. Injusticia* (Santiago, 1990. Amerinda). También A.Matus: *El libro negro de la justicia chilena* (Buenos Aires, 1999. Planeta).

establecido por esa misma ley en un valor superior, sinónimo de ‘sociedad’, de ‘civilización’ y, llegado el caso, de ‘espíritu nacional’, o ‘Patria’. Se trata de la cosificación, reificación o sustanciación valórica de una idea política determinada (la escriturada en los textos constitucionales y legales), como si fuera el gran espíritu del pueblo, ante el cual cabe *sacrificarse*, dar la vida, reprimir o violar los derechos ciudadanos, “si fuere necesario”. Es la principal “razón de Estado”: aquella que es preciso defender a toda costa, contra cualquier enemigo, externo, o *interno*. Aquella que, por su importancia suprema, debe ser velada y garantizada por el mismísimo *poder de fuego de la Nación*¹⁰. Aquella razón, en definitiva, que autoriza a los poderes del Estado a masacrar trabajadores (como en Santa María de Iquique), a reclutar por la fuerza al peonaje desempleado (como las “levas” del siglo XIX), a torturar y hacer desaparecer militantes reformistas y revolucionarios (como ordenó el ‘Presidente’ Pinochet), a masacrar pueblos indígenas para apoderarse de sus tierras (como durante la “pacificación de la Araucanía”), o dictar Leyes Malditas (como la que arrebató la ciudadanía a los militantes comunistas en 1947), etc. En este caso, la reificación ontológica del “orden legal” opera como un enérgico disolvente de la memoria, en el sentido de que asienta un bloque político que de hecho *aplata la iniciativa soberana e histórica de la sociedad civil*. Así se termina configurando una segunda capa de amnesia pública: el olvido de la soberanía ciudadana, que se instala sobre el olvido de la historia fáctica. La memoria oficial – que sepulta los hechos – necesita acumular y estratificar los olvidos.

- c) *Difundiendo una nueva periodización del tiempo histórico*. Si el nuevo orden legal (de origen fáctico) involucra un ‘valor supremo’, entonces sus administradores sienten que es necesario diferenciarlo categóricamente de los valores eventuales que hayan inspirado los órdenes legales anteriores. Y diferenciarlo, además, de un modo dicotómico: el presente (tiempo de valores) es cualitativamente superior al pasado (tiempo de anti-valores). Pues el tiempo pasado no fue mejor, sino peor; ni fue progreso, sino estancamiento o retroceso; ni fue “orden”, sino caos o “anarquía”. Los sistemas de origen fáctico no establecen una memoria de continuidad con el pasado, sino de ruptura y negación. O sea: una relación antitética y antagónica. Necesitan asentar, por ello, un “*tiempo-eje*”, que corte el proceso de la memoria, que fije una frontera rígida, más acá de la cual debe construirse la memoria oficial, más allá de la cual debe verse la noche del olvido. Por eso, los militares vencedores en 1817 y 1818 establecieron el “*tiempo-eje*” de 1810, más acá del cual se levantó la memoria de la libertad, más atrás del cual quedó la memoria negativa de la esclavitud colonial. Y los vencedores de Lircay, en 1829, marcaron el hito de 1830, que separó el tiempo negativo de la “anarquía” del tiempo glorioso del Estado “en forma”. Y los vencedores de 1925 y 1932, proclamaron el inicio del Estado Democrático, que llevó el olvido sobre los movimientos sociales “anarquistas” del período 1912-1925. ¿Y no se quiso proclamar el año 1973 como el año de la “segunda independencia nacional”, que dejó atrás el “caos marxista”? ¿Y no ha rechazado categóricamente la democracia neoliberal el “populismo” que rigió en el orden legal anterior a 1973? Aquí, la afirmación de ciertos valores (encarnados en el

¹⁰ Nótese la importancia que todos los políticos e historiadores conservadores le han dado, desde el siglo XIX hasta hoy, a la noción de “Estado en forma”, “orden público”, “defensa permanente de la Democracia”, “seguridad interior del Estado”, etc.

presente) *'justifican'* la negación de los antivalores (encarnados en el pasado), justificando de paso, también, la deformación y olvido de ese pasado¹¹.

- d) *Instalando nuevos héroes, altares y símbolos en el espacio público o en el imaginario colectivo, para monumentalizar los nuevos valores.* Todos los fundadores de los sistemas fácticos chilenos han pasado a la posteridad como “caudillos”, “héroes militares” o “grandes estadistas”, y en virtud de tales se han convertido, más temprano que tarde, en estatuas de paseo público, en bustos de galería palaciega y letanías de memorización para los escolares. Mientras, sobre sus sienes, con brillo y amplitud de laurel nacional, campea el “valor supremo” (la Patria), encarnado en símbolos sacrales (la bandera), en altares de llama eterna, o en sepulturas de mármol solemne que convoca al peregrinaje. Si el fundador fáctico fue despótico, puede que no gane el rango de héroe ni sea fundido al bronce, pero sí tendrá la investidura bulliciosa y callejera del “caudillo” (como Carlos Ibáñez y Augusto Pinochet); si junto con ser dictatorial participó en batallas formales, entonces califica para “héroe” (Bernardo O’Higgins), y si no fue militar, pero se apoyó en las armas para diseñar las líneas matrices del Estado de los vencedores, entonces reputa al honor de “gran estadista” (Diego Portales, Arturo Alessandri). Junto a ellos, poco a poco, los históricamente opacos administradores civiles del sistema fáctico pueden ganarse un sitio estatuario en el espacio público, siempre que hayan sido Presidentes. Y en agudo contraste con este reguero monumental que se desprende de las intervenciones fácticas, los derrotados por esas intervenciones, aunque hayan luchado con heroísmo o hayan devenido mártires de la sociedad civil, no llegan a instalarse en el parque estatuario de los héroes. Los líderes militarmente derrotados no entran en la ‘memoria oficial’ (a menos que hayan sido presidentes suicidas, como José Manuel Balmaceda y Salvador Allende). Y los luchadores sociales anónimos no tienen otro monolito público que sus modestas sepulturas. O un descuidado hito recordatorio. Sólo por rara excepción es posible hallar una estatua olvidada de algún revolucionario (como Recabarren), o un arrinconado santuario levantado en honor de los caídos ante el poder de fuego de la Nación (Parque de la ex Villa Grimaldi). La ciudadanía chilena (es decir: la soberanía popular) carece de ‘alamedas monumentales’ para recordarse y admirarse a sí misma. Su única avenida transitable son las sombras del olvido¹².
- e) *Configurando y difundiendo el nuevo valor supremo en términos de ‘proyecto de país’, entendiéndolo éste como realización local de un modelo externo de sociedad.* En Chile, los poderes fácticos no han trabajado nunca, ni para desarrollar ‘la producción’, ni para potenciar el desenvolvimiento de ‘lo autóctono’, sino para establecer o restablecer un régimen librecambista que permita al capital extranjero y las potencias extranjeras ingresar al país y operar en él en calidad de *promotores residentes del desarrollo y la modernización*, según modelos europeos, yanquis o según el “globalizado”. Eso ha significado proponer e imponer como ‘proyecto país’ el modelo de sociedad ‘de turno’ en la civilización occidental. La memoria oficial,

¹¹ Nótese la presencia de este tiempo-eje en la carta que Augusto Pinochet dirigió a los chilenos y en los análisis periodísticos del historiador Gonzalo Vial Correa. Ver de S.Grez & G.Salazar (Comp.): *Manifiesto de Historiadores* (Santiago, 1999. LOM).

¹² Los libros editados a propósito del Primer Centenario (1910) contienen fotografías que reproducen la silueta del Chile Monumental: estatuas de héroes, retratos de presidentes, parques de estilo francés, palacios de arquitectura europea u oriental, clubes sociales tipo Tercer Imperio y uno que otro cuadro de “escenas típicas” (la cueca, la trilla, etc.). Los del Segundo Centenario prometen algo parecido.

por esto, ha funcionado históricamente como si fuera *la memoria de la civilización occidental* (en todas sus formas: política, económica, religiosa y cultural) y no la memoria de la identidad nacional o local. En virtud de esto, los valores de esa civilización, externos como son, han sido validados siempre de modo vertical, acentuando su peso hegemónico y su carácter ontológico (se aplican como si fueran autogravitantes valores “en sí”). El ‘proyecto país’ promovido por los sistemas fácticos ha tenido normalmente, por eso, un fuerte resabio de país colonizado, que insiste en dejarse *atraer inercialmente* hacia el carrusel giratorio de las metrópolis. Centrífugamente. Hacia fuera. Dejando inmóvil, a sus espaldas, y en el olvido, su eje identitario, autóctono y autónomo¹³.

- f) *Manteniendo la vigencia institucional de valores morales privados de ascendencia metafísica, apelando a la autoridad de la Iglesia Católica.* La memoria oficial manipula mecanismos públicos (poder de fuego, leyes, jueces, policías, estatuas, etc.), que disciplinan la conducta ‘exterior’ de los ciudadanos. Pero ninguno de esos mecanismos está capacitado por penetrar y controlar la conciencia subjetiva y la conducta privada, que es la zona donde se gesta, espontáneamente, la identidad social y cultural. No pudiendo el Estado intervenir en esa zona (ni la autoridad ni la fuerza pueden controlar el *pensamiento*), debe echar mano y buscar la colaboración de aquellos valores que sí, teóricamente, se filtran en ella y controlan, de algún modo, el pensamiento. Esos valores son los de tipo religioso, metafísico y teológico, que circulan como glóbulos morales en el torrente subjetivo e intersubjetivo de la sociedad, y que, en Chile, son administrados mayoritariamente por la Iglesia Católica. En concreto, esos valores apuntan a regir, sobre todo, la conducta sexual de los individuos, y en especial, respecto a los deberes relativos a la *familia heterosexual y monogámica* (cuya esencia tendría, a este efecto, garantía divina). La familia heterosexual y monogámica es asumida como la base molecular del orden legal. Como la matriz natural de su estructura ética. Familia y orden social han tenido, de hecho, una evidente coextensividad moral, de suerte que muchos *problemas del orden social* (deserción escolar, callejeo de niños, prostitución infantil, drogadicción juvenil, etc.) han podido ser atribuidos a la deficiencia moral de los padres de familia, o al debilitamiento de los valores propios de la familia. Así, la responsabilidad histórica de esos problemas es normalmente atribuida al *insuficiente acatamiento de esos valores por parte de los individuos componentes del núcleo familiar, y no a las deficiencias estructurales del orden social.* El prestigio teológico y la autoridad ‘moral’ de la Iglesia Católica sirven, en la práctica sistémica, para mantener en un plano hegemónico el valor ‘funcional’ de la familia. Es su tarea ‘política’ esencial. Dada la importancia de esa tarea, los administradores del sistema fáctico tenderán a respetar la opinión moral de la jerarquía eclesiástica (por ejemplo, respecto al divorcio, el sexo y el aborto) mucho más que la opinión ciudadana. Sobre todo en momentos críticos. La memoria oficial, por tanto, necesita utilizar un paquete valórico de tipo ontológico y una institución eclesial que vigile y perpetúe esos valores, a efectos de *olvidar*: 1) las deficiencias estructurales del orden legal vigente, y 2) la soberanía ciudadana respecto a la gestación y producción social de los valores (ajustados a la conveniencia de todos, en correspondencia con la realidad histórica, favoreciendo la convivencia real)¹⁴.

¹³ Algunos aspectos de este problema en J.Larraín: *Identidad Chilena* (Santiago, 2001. LOM).

¹⁴ Nótese el comportamiento de los líderes políticos de la Concertación respecto a las opiniones oficiales de la Curia Eclesiástica sobre cuestiones relativas al divorcio, los anticonceptivos, el aborto y el rol social de la mujer. La

g) *Controlando los sistemas educativo y comunicacional de la sociedad.* Las funciones descritas más arriba estructuran la ‘obra gruesa’ de la memoria oficial. Los cimientos estáticos sobre los que se alza su dominación. Si consistiera sólo en estos cimientos, la memoria oficial se marchitaría pronto, como los viejos monumentos. Se convertiría, irremediabilmente, en memoria de sí misma. Ninguna dominación puede devenir peso muerto, si quiere perdurar. Necesita, por ello, vivir. Sin perder su identidad estática, necesita ser, también, flujo permanente, movimiento perpetuo. O sea: necesita ser *discurso vivo, incesante, un cuento de las mil y una noches*. Una voz ancestral, paternal, autoritaria o seductora. Un ‘manantial de sabiduría’ derramándose pedagógicamente sobre los niños. Un ‘estimulante embriagador’, que se inyecta en la conciencia sensorial de los adultos. Una ‘razón de Estado’ que intenta razonar por todos, sustituyendo la razón de todos, a nombre de la Ciencia, a nombre del Orden, a nombre de la Verdad Conveniente, a nombre de la Soberanía, a nombre de lo que usted quiera, pero supremamente ‘a nombre de’. ¿Cómo y de quién obtener los flujos de vida que necesita la obra gruesa de la memoria oficial? Si la vida y el movimiento están en los sujetos sociales de carne y hueso ¿cómo inyectar el sistema *dentro* de ellos, para vivir *en* ellos con vida prestada, como parásito? Hay dos modos: *educando* a los niños, cuidadosa y sistemáticamente, por largo tiempo, y *bombardeando* a los adultos astutamente, en breves lapsos, pero con estimulantes sistémicos de alto octanaje. Los sistemas fácticos necesitan controlar, en latitud y longitud, el sistema educacional y la red de medios de comunicación de masa. Si los controlan suficientemente, entonces pueden reproducirse a sí mismos, de un modo u otro, en reflejo directo o indirecto, *dentro* de cada uno de los ciudadanos. Intentando invadir y arrinconar la memoria social, subjetiva e intersubjetiva, *dentro de ella misma*. Apuntando a generar en los sujetos procesos de auto-olvido, encubrimiento de su experiencia histórica, desvalorización de su memoria viva, anonadación de sus propios criterios de verdad, instalación de cuñas sistémicas en las relaciones entre actores sociales, etc. La manipulación que la memoria oficial ejerce sobre la educación y los medios de comunicación puede configurar la peor de sus funciones perversas, pues haciendo eso arroja las sombras del olvido sobre la conciencia que los sujetos sociales tienen de sí mismos, debilitando las fuentes mismas de la soberanía¹⁵.

Una vez que ha integrado orgánicamente todas las funciones (perversas) reseñadas más arriba, la memoria oficial actúa como un ‘*tanque cultural*’ que tiende a arrollar las sensaciones y recuerdos sociales que pueden haber quedado por allí y por allá respecto de la ilegitimidad perpetrada en la construcción del sistema dominante. Pero no es todo: la arrogancia que puede exhibir la memoria oficial no sólo surge de su calidad de tanque cultural, sino también del hecho de que los dispositivos sistémicos que la educación y los medios de comunicación han sembrado y siembran en la subjetividad ciudadana le permiten contar, eventualmente, con mayorías electorales de apoyo que apuntalan su vocación de perpetuidad. Pues la memoria oficial es una máquina

búsqueda de consenso ‘con’ los poderes fácticos ha primado sobre la voluntad de hacerse cargo de la opinión mayoritaria de la ciudadanía.

¹⁵ Sobre estos aspectos están centrados los estudios de Leonora Reyes: “De la armazón de la memoria oficial: elaboración de programas y textos de Historia y Ciencias Sociales. Chile, 1973-2001”; de R.Ganter & R.Zarzuri: “Memoria, cultura y nuevas narrativas juveniles”, y de Nelly Cubillos: “Política democrático-neoliberal para la infancia y la juventud. Un análisis crítico”, que se publican en este mismo número de la Revista de Historia y Ciencias Sociales.

sembradora de olvidos y, por lo mismo, es también una máquina alienadora de conciencias.

3

Desenvolvimiento histórico de la memoria social.

Si un sistema social no fuera construido por los poderes fácticos sino por la voluntad informada y deliberante de la ciudadanía (es decir: de un modo histórico y cívicamente legítimo) entonces no habría necesidad de construir mañosamente una memoria oficial, puesto que, en este caso, la 'memoria del sistema' y la 'memoria ciudadana' *concordarían*. Serían coextensivas. No habría lugar para el establecimiento de zonas de olvido forzado, y existiría, a cambio, una sola '*memoria pública*'; es decir: la *memoria del contrato social* que dio origen al sistema legítimo. El libre contrato social entre los ciudadanos (es decir: el ejercicio pleno de su soberanía) no requiere intervenir la memoria para inyectar olvidos, ya que, por el contrario, la deja fluir libremente, coherente consigo misma, sin sombras, sin vacíos. La 'memoria' pública, en este caso, es un campo abierto de credibilidades en diálogo¹⁶.

Cuando no hay libre contrato social sino imposición de un sistema fáctico, entonces la 'memoria pública' no se configura como un proceso fluido de credibilidades abiertas, sino como una zona de combate y disputa, donde se polarizan, de un lado, la 'memoria oficial', y de otro, la 'memoria social'.¹⁷

Llamaremos aquí 'memoria social' a la *situación de opresión, marginalidad y refugio de la memoria ciudadana*, en ausencia de un libre contrato social y en presencia del 'tanque cultural' de la memoria oficial. Como tal, no es una memoria estática o congelada, sino *dinámica*, que se revuelve en la subjetividad de los individuos y en la inter-subjetividad de los grupos afectados por el sistema fáctico, que busca su salida lateral, su reconstitución colectiva para, una vez consolidada en lo ancho, inicie un movimiento hacia lo alto, contra la memoria oficial, y para reconquistar no sólo la 'memoria pública', sino también – sobre todo – la *legitimidad* del sistema social (o sea, su reconstrucción histórica). La memoria social, más que una 'estructura', es un 'movimiento' profundo de recuerdos, de origen empírico, de articulación hermenéutica, de circulación oral y de proyección actitudinal, conductual y social; o sea: un proceso de honda historicidad¹⁸.

¿Cómo se constituye y desenvuelve, históricamente, la memoria social?

- a) *Al principio, como un haz de recuerdos violentos inyectados a presión en la memoria fragmentada de individuos y grupos aislados*. Los poderes fácticos atacan, sobre todo, las formas asociativas y las relaciones horizontales de la sociedad civil (sobre todo de la 'baja' sociedad civil), para debilitar su fuerza colectiva, social. Su

¹⁶ Revisar, en esta línea de reflexión, los trabajos de J.J.Rousseau y A.de Tocqueville.

¹⁷ Ver de B.Groppo: "Traumatismos de la memoria e imposibilidad del olvido en los países del Cono Sur", en B.Groppo & P.Flier (Comp.): La imposibilidad del olvido (La Plata, 2001. Al Margen), pp. 19-42.

¹⁸ Una visión filosófica de este concepto en G.Vattimo: "El olvido imposible", en Y.Yerushalmi et al.: Usos del olvido (Buenos Aires, 1989. Nueva Visión), pp. 79-90.

soberanía política. Bloquean o pulverizan el espacio público. Aíslan los grupos, incomunican a los sujetos. Detienen la voz, la deliberación, la voluntad comunitaria. La violencia se aplica en directo a los nudos neurálgicos del tejido ciudadano. De este modo, el recuerdo de esa violencia disruptiva se *empoza* en los sujetos, o en las familias, o en grupos reducidos, minúsculos. Con impacto de muerte, con dolor de desgarramiento, con pérdida del movimiento; cuando no es prisión, tortura o sordera total respecto a la información sobre los amigos, familiares o correligionarios. Al recuerdo agudo de tales experiencias, se agrega el recuerdo del *temor*. El temor, que aísla con doble cerradura, que duplica el diapason de todo lo que ocurre. Que tapa o revienta los oídos. Por todo esto, al principio, frente al ataque de los poderes fácticos, la memoria social, tensada al máximo, se refugia en la memoria de los sujetos y los grupos aislados, *fragmentadamente*. Distribuida en millones de refugios, escondrijos y madrigueras. Tensa, nerviosa, alerta. Pero empírica. Viva¹⁹.

- b) *Luego, horadando y construyendo vasos comunicantes*. Los sujetos aislados y los grupos incomunicados son continentes inadecuados para la memoria 'febril' que genera en ellos la acción violenta de los poderes fácticos. Son demasiado pequeños, o demasiado frágiles. Sus paredes no están hechas para aislar tal fiebre, sino para contagiarla. Los sujetos no son pirámides para guardar secretos, sino sujetos sociales que hacen historia conjunta. Están contruidos con múltiples grietas y filtraciones. De hecho, *son* tanto como las filtraciones que los unen. Y ningún poder fáctico puede taponar la enmarañada infinitud de esos vasos comunicantes. Y un individuo buscará a otro, y el otro al otro, y uno a uno se comunicarán lo que recuerdan, o sus temores, o sus dolores. Un hilo de verdad social que abre su trayecto sedimentando laberintos y madrigueras, micro-espacios de encuentro y comunicación. Como arroyo murmurante que, sin embargo, avanza a borbotones, horadando, expandiendo su camino o su salida. Formando 'archipiélagos gulag' de rebeldía carcelaria. Y en cada rincón podrá un sujeto entregar a otros 'su' verdad: en las celdas de Villa Grimaldi, en los patios de Tres Alamos, en las escaleras de los *blocks* de población, en las esquinas, en las arenas de Puchuncaví, en las rocas de Punta de Tralca, en los parques y chimeneas del exilio. Dondequiera. Donde vaya. Son millones de recuerdos fragmentados, sin duda, pero donde *todos y cada uno* de ellos, como obedeciendo una orden misteriosa, simultáneamente, *se ponen en movimiento*, con rumbo conocido: el tejido social de la ciudadanía. Su centro natural de gravedad²⁰.
- c) *Consolidando espacios nuevos, conviviales, de diálogo y recordación progresiva*. La memoria social, en tanto proviene de la acción *global* de los poderes fácticos, y aunque se refugia por fragmentos en la profundidad dispersa de los sujetos y grupos, tiende, como a su centro natural de gravedad, a reconstituir la *situación general* que le dio origen. Los fragmentos comienzan a unirse uno con otro, magnetizados por la matriz estructural (el sistema fáctico) que los fragmentó. Todo

¹⁹ La literatura testimonial de estos recuerdos fragmentados es abundante en Chile. Entre otras compilaciones, ver de T.Marshall (Comp.): "Mujeres de la ciudad" (Santiago, 1984. Ed. SUR) (Mimeo). También de D.Becker & M.I.Castillo: "Recuperar la memoria abandonada", en H.Vidal (Ed.): Política cultural de la memoria histórica (Santiago, 1997. Mosquito), pp. 240-272.

²⁰ Este proceso, muy activo en Chile después de 1978 y 1979, dio origen a la 'nueva educación popular' y a la constitución metodológica de las nociones de 'espacio', 'encuentro' y 'taller'. L.Bustos: "La propuesta de capacitación del Programa de Educación Popular del CIDE" (Tesis de Maestría en Educación de Adultos. UMCE, 1996), *passim*.

rompecabezas tiene su dibujo matriz. Su lógica reconstitutiva. Está en el código genético de cada recuerdo histórico. El sistema no puede ocultar su composición íntima. Por eso, un individuo con otro, un grupo con otro, se sentirán empujados magnéticamente a descifrar el código, a reconstituir el rompecabezas. Por parcelas, por partes, por segmentos. ¿Qué importa? Si cada parte es un mundo en sí mismo. Si un secreto erotismo histórico los empuja a recordar juntos, a juntar las piezas tuyas con las mías, con las de ellos. Y vamos armando el puzzle de la Población La Legua, el drama de los desaparecidos, los ritos de Villa Grimaldi, las paradas de la Caravana de la Muerte, las matanzas de Paine, los entierros de Calama, los hornos de Lonquén, etc. Poco a poco, el sistema comienza a aparecer, pálido o sangriento, a pedazos, en cada barrio del puzzle, en cada islote de memoria social. Como croquis borroso del verdadero Dorian Gray. Donde, para recordar, para armar el puzzle, no se necesita montar un gran laboratorio conspirativo, académico o político, sino una amable convivencia, una peña folklórica, una fogata de amigos, un paseo a la playa, una procesión religiosa; pues, para recordar, para *reconocerse como partes de una misma memoria*, no hace falta un gran trabajo de investigación y una gran denuncia, sino una conversación, un gesto, una canción, un símbolo, un fetiche. O un silencio. De este modo, junto con perfilarse la sombra y la silueta del sistema fáctico, nace la mística cultural de la identidad nueva: la que es *hija de la memoria social*, no de la violencia fáctica²¹.

- d) *Haciendo de la oralidad recordatoria una nueva forma asociativa y un nuevo fundamento cultural de identidad.* Los múltiples ‘refugios intersubjetivos’ de la memoria social, pese a su carácter de nido o madriguera, a despecho de su pequeñez y grande aislamiento, llegan a formar parte, también, de esa misma memoria. Si nos hemos encontrado en un refugio para contarnos el drama de nuestros recuerdos (que reconstituyen los escorzos fácticos del sistema), el ‘*encuentro*’, en sí mismo, y el ‘*diálogo*’, como tal, constituyen un acto de confianza, de credibilidad, solidario, que se fija por su propio peso en el recuerdo, para construir, pieza por pieza, *el puzzle alternativo de una nueva identidad*. La crudeza de los recuerdos fácticos empuja a buscar al ‘otro’, y a fabricar encuentros para compartir con él esa crudeza, pero la calidez del contacto y la descarga de la memoria instan a mantener el encuentro, a reproducirlo, a consolidarlo, a potenciarlo. Así, la crudeza de los recuerdos fácticos se convierte en un pretexto para construir y consolidar una nueva asociatividad. Para que aparezca uno, dos, mil, millones de minúsculos *contratos sociales*; a ras de tierra, entre tú y yo, entre tú y nosotros. La fragmentación continúa, dispersa, invisible, pero cada fragmento, cada partícula, cada memoria compartida, *se transforma*, sin dejar de ser fragmento y partícula. Y de ser recuerdo y temor, se convierte en recuerdo y celebración. Recuerdo de lo que murió, celebración de lo que nació. Porque la nueva identidad, una vez nacida y auto-reconocida, es gozosa. Se celebra, se canta a sí misma en sus peñas, en sus estadios, en sus parques, en sus poblaciones. Se pinta en sus muros y grafitos. En sus ropas, medallas y pasamontañas. En sus piedras y molotovs. Se da fuerzas y aliento a sí misma. Se alimenta de cultura propia. Se consolida. Así, el sistema fáctico ve que, a sus pies, no sólo se dibuja

²¹ Sobre el papel que la creatividad cultural desempeña en la reconstitución de la memoria social (que es más importante que la reconstitución documental e historiográfica) ver de H.Vidal (Ed.): *Poética de la población marginal. Fundamentos materialistas para una historiografía estética* (Minneapolis, USA., 1987. Prisma Institute), vol. I, passim. Desde una perspectiva documentalista: J.Narváez (Ed.): *La invención de la memoria* (Santiago, 1988. Pehuén).

poco a poco la odiosa silueta de su propia sombra, sino el perfil sinérgico de una memoria alternativa. De la memoria social, que sale del pasado para caminar, asida a una nueva identidad, en dirección al horizonte, siguiendo un rumbo que *no* revela²².

- e) *Convirtiendo las culturas de la nueva identidad en prácticas auto-educativas, sinérgicas, de desarrollo.* Las identidades que brotan del ‘encuentro’ y del ‘diálogo’ generan, como se dijo, su propia cultura. O sea: las expresiones simbólicas que permiten a un sujeto reconocer a otro como parte o miembro de su misma identidad. Que le permiten sentirlo vibrar al unísono con él. Que lo habilitan para dirigirse al del lado en un código comunicativo que las fuerzas represivas ignoran, o no saben descifrar, o no pueden reprimir. Porque el ‘arte’ – expresión sublimada de lo intrínsecamente humano – no puede ser reprimido violentamente sin dejar la impresión de haber cometido un crimen de lesa humanidad. Como cuando la policía del juez Astorquiza empujó a la locura y la muerte al joven poeta Domingo Gómez Rojas, en 1920. Pues el arte protege. Difunde sensibilidad. Comunica. Da fuerza, potencia la humanidad y, por ende, abre camino a las nuevas identidades. La rearticulación de la memoria social – la reconstrucción progresiva del puzzle sistémico – genera identidades que necesitan, para consolidarse, de la creación de claves y símbolos culturales propios. Y ése es un proceso histórico que debe ser *cultivado, multiplicado y desarrollado* por doquier. La memoria social, a poco de hallarse a sí misma, necesita ayudarse con prácticas auto-educativas que reconstituyan los tejidos sociales, que acompañen los procesos de encuentro y diálogo, que incentiven la celebración y la proyección cultural, que despliegue los lenguajes simbólicos de la nueva identidad, para que ésta se reconozca a sí misma por doquier, extendiéndose, como primavera. La memoria social, para colectivizarse y operar como criterio de verdad para las nuevas identidades, necesita darse un instrumento adicional, una “*educación popular o ciudadana*” básica. Un kindergarten de sociedad civil. Un apresto de soberanía popular mínima. Sin este refuerzo ‘técnico’, la memoria social no podrá desplegar todas sus potencialidades, ni disputar con éxito a la memoria oficial la franja de la ‘memoria pública’²³.
- f) *Asumiendo el ‘encuentro’ y el ‘diálogo’ como un nuevo contrato social, como un proyecto histórico nuevo, participativo, plenamente ciudadano.* El tipo de asociatividad que surge en los refugios fragmentados de la memoria social es oral, dialógico, horizontal y deliberativo. Y como la interacción recordatoria entre las víctimas de un mismo sistema no puede ser sino igualitaria, sus recuerdos particulares se articulan como ‘partes’ de una misma memoria ‘total’, o trabajos de *un mismo producto social*. La dinámica interna de la memoria colectiva es un trabajo común, *participativo*. Por todo esto, los senderos y circuitos orales de la memoria social son abiertos, igualitarios, transparentes. Se puede circular libremente a través de ellos. Confiadamente. Traspasando todos los umbrales, sin

²² La memoria social, que gravita en los gerundios de la historicidad, no se apresura a definir grandes objetivos y lejanos fines. Tiene ‘tranco’ social: no es un disparo intelectual. Asienta y extiende toda la riqueza de la socialidad y disfruta la cultura que construye ‘al paso’. Es en este sentido que caminan las “máquinas” que Ganter y Zarzuri exponen en el artículo que se incluye en este mismo volumen. Ver de B.Subercaseaux: “La constitución del sujeto: de lo singular a lo colectivo”, en B.Subercaseaux et al.: *Identidades y sujetos. Para una discusión latinoamericana* (Santiago, 2002. U. de Chile), pp.129-146.

²³ Son éstos los procesos que se examinan en el artículo de M.Garcés: “De las memorias del pueblo: los pobladores de La Legua y el golpe militar de 1973”, y de L.Bustos: “Discursos y prácticas de la Educación Popular en Chile. 1973-1990”, que se incluyen en este volumen.

chequeos. De modo que la memoria social almacena en su interior, desde el principio, prácticas de *democracia social dialógica y participativa*. Donde las puertas están abiertas y nadie tropieza con estatutos restringidos, ni jerarquías excluyentes. Las culturas de la identidad son amables, acogedoras. Rotatorias. Enlazan hacia adentro. Invitan a entrar. Y atraen. Integran gente, sin organizarla, ni masificarla. Sin volverla pública y visible para la mirada política o policial. ¿Para qué? Mientras la fiesta sea ‘puertas adentro’, no se requiere hablar el lenguaje, ni desplegar las maneras ‘de la calle’. De este modo, poco a poco, en esos refugios se construye un nuevo “contrato social”, un nuevo modelo – más puro – de democracia, tal como el que, en el pasado, construyeron dentro de sí las sociedades mutuales y mancomunales. Con todo, la democracia puertas adentro no puede permanecer como mera identidad introvertida. Si la memoria social la creó allí es porque estaba en confrontación con la ‘memoria oficial’ y el sistema fáctico. Confrontación que *sigue* siendo una tarea pendiente y un imperativo histórico que *deben* ser retomados. ¿Cómo? Utilizando esta vez, como alabarda y proyecto político, la propia asociatividad democrática que surgió en los refugios de la memoria social. Porque es la fuerza *proyectiva* de esa memoria²⁴.

- g) *Dotando a la memoria democrática de sí mismo con una ‘teoría’ o estrategia histórica que le permita avanzar hacia la reconstrucción del sistema social*. Ninguna identidad nueva puede agotarse en su auto-celebración, pues debe saber convertirse en un nuevo movimiento social. Ninguna cultura de identidad nueva puede agotarse en su auto-celebración, pues debe saber convertirse en un nuevo proyecto democrático. Y ninguna memoria social confrontada a una memoria oficial puede extinguirse recordando el pasado, pues debe crear desde sí la teoría de un nuevo modelo de sociedad. “Lo que prometía ser y no fue – escribió Oscar Wilde –, no era nada”. Ni la experiencia dolorosa de los poderes fácticos, ni la memoria democrática del encuentro, ni el diálogo de los portadores puntuales de ese dolor, pueden extinguirse en su propia ceniza. Hay un punto en que la identidad debe transformarse en voluntad teórica y voluntad política, y ambas, fundidas desde atrás por una memoria común, pueden y deben desplegarse como un nuevo y legítimo proyecto histórico. Como un verdadero ‘proyecto país’. Pues la identidad es, sobre todo, historicidad y producción social de la realidad²⁵.

4

Del sistema educativo inerte y del proceso auto-educativo vivo.

Si en una sociedad los poderes fácticos construyen una ‘memoria oficial’, el sistema educativo formal queda, inevitablemente, de un modo u otro, atrapado en ella. Al servicio de ella. Expuesto a sus funciones productoras de legitimación tardía. Y esto puede ser mucho, o poco. O mucho al comienzo, y menos después. En todo caso, en

²⁴ G.Salazar: “Memoria histórica y capital social”, en J.Durston & F.Miranda (Eds.): Capital social y políticas públicas en Chile (Santiago, 2001. CEPAL), vol. I. También “De la participación ciudadana: capital social constante y capital social variable”, Propositiones 28 (Santiago, 1998), pp. 156-183.

²⁵ Ver de S.Tarrow: Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics (Cambridge, 1998. CUP), y de M.Castells: The Power of Identity (Oxford, 1997. Blackwell).

un grado y por un tiempo que se *restan* a la posibilidad de que las nuevas generaciones se eduquen conforme a las necesidades y tendencias del *tiempo histórico de 'su' época, conforme a 'su' propia memoria*. Pues el tiempo, la energía y los contenidos educativos que el sistema fáctico necesita enseñar para estabilizar 'su' propia condición de ilegitimidad, distraen, retrasan u obstaculizan la espontánea formación de los jóvenes en relación a su contemporaneidad. O desiguala las oportunidades para que 'todos' los jóvenes se formen en esa dirección. Genera, así, no una educación 'formativa', sino, históricamente, '*sustractiva*'.

Si una sociedad, a lo largo de su historia, se ve expuesta una y otra vez a la dominación de sistemas fácticos (la chilena está muy cerca de esto), entonces la 'sustracción' se acumula, no como capital social positivo, sino como capital social negativo; o sea: como identidad nacional deficitaria. Pues suma déficit sobre déficit en el plano de la soberanía popular. Déficit que se petrifica como *pobreza ciudadana*²⁶. Como ausencia de comunidades cívicas. Como predominio de la individuación sobre la colectivización. Como hegemonía de la petición sobre la participación. Como polarización en lugar de homogeneización del ingreso. Como dominación aplastante del centro metropolitano sobre las regiones, y de 'lo nacional' sobre 'lo local'. Como perpetuación fáctica de las clases políticas militar y civil, y anulación de la deliberación democrática bajo el sobrepeso de las escrituras constitucionales, legales, reglamentarias y gubernamentales.

En ese contexto, y sobre ese sedimento formado por los siglos, la educación sustractiva tiende a especializarse en el 'dictado' de los conocimientos que bajan de la cultura occidental (a título de ciencias y asignaturas) y en la 'validación' de los emblemas y valores que cabalgan a horcajadas sobre la idea suprema de Patria (a título de identidad nacional y orden cívico), mientras cultiva en todas partes y entre los pliegues del sistema formal de educación, sistemáticamente, obcecadamente, la más perfecta *ignorancia ciudadana*²⁷. Así, aprende a educar las 'masas' de la sociedad, pero no a desenvolver el *ser social* y la *solidaridad comunal* de sus ciudadanos. Con lo cual puede exhibir lo primero como logro de modernidad y factor de legitimidad, ocultando la función perversa que anula en la práctica lo segundo.

Cierto es que el sistema educativo formal no trabaja 'expresamente' para producir y multiplicar la pobreza ciudadana. Pues este déficit es producido en su mayor parte, de modo directo, por el sistema fáctico mismo. Pero el sistema educativo es cómplice de aquél si *incluye acriticamente* los 'fetiches' de los discursos que legitiman lo ilegítimo (caudillos, héroes, efemérides, valores patrios, bandera, ritmos folklóricos, respeto a la Ley, respeto al orden público, respeto a las autoridades, etc.); si *no* forma a los niños y jóvenes para *oponerse a la violencia fáctica y para transformar los sistemas fácticos*, y si, en definitiva, no se suma a, o no integra dentro de sí, los contenidos y procesos de la *memoria social*. En otras palabras, el sistema educativo, aunque juegue a ser neutral y occidentalista, aunque se aboque entero a elevar los "rendimientos" por asignatura y la "cobertura" como sistema, si no trabaja para dar cabida al auténtico "*contrato social*" entre todos los ciudadanos, no educa, ni forma, ni rinde, ni cubre, ni

²⁶ Un mayor desarrollo de este concepto en G.Salazar: Los pobres, los intelectuales y el poder. Chile, 1989-1995 (Santiago, 1995. PAS), cap. 3.

²⁷ Un interesante análisis de este problema en M.Apple: Education and Power (New York, 1995. Routledge), capítulos 2 y 5.

hace otra cosa que colaborar en el sostenimiento de la ilegitimidad del sistema (fáctico) que la domina.

Cuando la construcción ilegítima reiterada del sistema institucional viola los derechos humanos, los derechos cívicos, e instala subsistemas (laboral, educativo, judicial, etc.) que acumulan y profundizan la pobreza ciudadana al punto de convertirla en un ‘molde formativo’ para las generaciones emergentes, entonces el ‘proceso educativo’ debe reaccionar en algún momento y darse a sí mismo, como imperativo supremo, el objetivo de *preparar las generaciones emergentes para que desarrollen el poder ciudadano orientándolo hacia la erradicación definitiva de toda ilegitimidad y toda desigualdad, y hacia la construcción ciudadana de instancias realmente legítimas de poder formal*²⁸. Cuando un país – como es el caso de Chile – ha acumulado décadas y aun siglos de pobreza ciudadana, entonces la eliminación de esta pobreza es y debe ser el principal objetivo estratégico de su sistema educativo. Es un objetivo ‘histórico’, sin duda, que debe ponderarse como superior a toda ciencia por la ciencia, a toda destreza como destreza, a todo saber por el saber. Pues ninguna sociedad puede desarrollarse como ‘comunidad’ (o sea, no sólo su elite superior) si no ejercita en pleno su soberanía total. Sólo así puede optimizar su rendimiento global. Y maximizar el producto de su fortaleza. Y esto no en razón de un ‘nacionalismo’ fetichista y trasnochado, sino por la necesaria limpieza del contrato social que debe fundar esa sociedad²⁹.

Cuando los ‘tanques culturales’ de la memoria oficial pretenden aplastar la memoria social, entonces el proceso educativo – cuyo valor irrenunciable no puede ser otro que el desenvolvimiento de la verdad socialmente válida, la solidaridad interna de la comunidad y la soberanía externa de la ciudadanía – no puede hacer otra cosa digna sino trabajar para desarrollar la *memoria, la solidaridad y el poder ciudadanos*. Pues los derechos humanos y cívicos, en tanto que mero derecho escrito, si no están avalados por un efectivo poder ciudadano, no son nada. Son letra muerta. O mejor dicho, son, a lo más, textos que se consultan *después* de perpetrados los abusos y las muertes. Como una oración y homenaje funerarios³⁰. Por eso, de poco sirve que los niños y los jóvenes ‘memoricen’ la Declaración de Derechos Humanos de la Revolución Francesa, de la Conferencia de San Francisco, o los incisos que a este respecto contiene, de paso, la Constitución Política del Estado, si esos niños, precisamente por estar memorizando textos abstrusos, no desarrollan *hábitos sociales* de deliberación, de crítica, opinión, decisión y participación, que son los que les impedirán sumarse a la cola de las masas de individuos peticionistas, escaladores, clientelistas, electoreros, periféricos, consumistas, escapistas, indiferentes, oportunistas, pituteros y otros especímenes que atestiguan a simple vista las lacras de la pobreza ciudadana. Especímenes que, por eso mismo, más temprano que tarde, terminan sumándose a los escalones descendentes de la *pobreza material*. O ascendiendo a la riqueza espuria.

El sistema formal de educación, sin embargo, depende en un grado decisivo, política y administrativamente, del sistema dominante. Sobre todo si éste es de origen fáctico.

²⁸ M.Apple: Education and Power..., op.cit., Chapter 6. Ver también S.Peñafiel (Ed.): “La ciudadanía, la participación social democrática y el papel de la escuela. Entrevistas a Gabriel Salazar y Volodia Teitelboim”, en Docencia 15 (Santiago, 2001. Colegio de Profesores), pp. 26-36.

²⁹ G.Salazar: “Las avenidas del espacio público y el avance de la auto-educación ciudadana”, en Documentos de Trabajo 8 (Santiago, 1996. C.I.S., Universidad ARCIS), 37 pp.

³⁰ Un balance póstumo en E.Padilla: La memoria y el olvido. Detenidos desaparecidos en Chile (Santiago, 1995. Ed. Orígenes).

Por esta razón, el proceso educativo se ciñe más a la línea de ese sistema dominante que a la dirección marcada por la memoria social. Es el caso de la educación en Chile actual, en la que priman, como herencia post-dictatorial, los ‘objetivos específicos’ del sistema neoliberal, a saber:

- a) elevada capacidad competitiva frente al Mercado;
- b) alto rendimiento en saberes específicos;
- c) adhesión irrestricta a la Ley y a las autoridades que establece la misma;
- d) destreza para moverse en las redes virtuales de la globalización;
- e) respeto esencial a la moralidad propia de la familia heterosexual y monogámica;
- f) adaptación sico-social a la precariedad y movilidad de los empleos, y
- g) valoración de la armonía social por sobre el conflicto³¹.

Todos los cuales posponen y encubren la *necesidad histórica* de desarrollar en Chile, fuera y dentro del sistema educacional, el poder ciudadano y esa soberanía cívica que sabe erradicar las lacras acumuladas tanto en la pobreza ciudadana como en la pobreza material. Sin embargo, tanto los planificadores militares de ayer (que organizaron en 1980 el sistema educativo a través de dictatoriales “Directivas Presidenciales”) como los “asesores democráticos” de hoy (que realizan consultas simbólicas a diversos educadores para encubrir el “cuoteo político” al que deben en última instancia rendir pleitesía) hallaron y hallarán medios para posponer y encubrir aquella estratégica necesidad educativa. En consecuencia, concuerdan y concordarán en aprobar pomposas reformas edulcorantes; es decir: reformas de apariencia ‘modernizadora’ pero, en el fondo, de funcionamiento ‘sustractivo’. Y dotarán de computadores y redes de Internet profusamente a todas las escuelas. Y extenderán la jornada escolar hasta límites proletarios: de ‘sol a sol’. Y permitirán que las mallas curriculares se flexibilicen para que ‘especifiquen’ cómo lo local está englobado por lo nacional, y lo nacional, irrevocablemente, por lo global. Y capacitarán focalizadamente a los profesores para hacer eso. Mientras estarán cuidando de evaluar meticulosamente, nivel por nivel, según comunas y tipos de colegio, los rendimientos ‘duros’ de la educación en términos contables, según la polaridad costo-beneficio³². Y ya que están aplicando matrices *empresariales* de evaluación, se permitirá que el ‘gran capital’ invierta directamente en el sistema educacional, muy en especial en su nivel superior, puesto que es ese gran capital y no el ‘gran’ Estado (ni menos el ‘pobre’ Municipio) el que debe tener la gestión directa de un sistema de educación que, después de todo, deberá estar por completo al servicio de la “competitividad internacional” del país. Pero como esto podría ser excesivo, se permitirá por allí y por allá un cursillo de Derechos Humanos, y otro cursillo (breve) de Historia Local. Así, con estos últimos placebos, se podrá completar un discurso redondo de legitimación tardía para este flanco del sistema. Sin que, por supuesto, se incluya en ninguna parte una condenación ética, valórica, cívica y política respecto al despliegue violento de los poderes fácticos y a los sistemas institucionales ilegítimos que ellos construyen. Ni

³¹ Una visión sinóptica y técnica de estos objetivos en E.Cohen: “Educación, eficiencia y equidad: una difícil convivencia”, en E.Cohen (Ed.): Educación, eficiencia y equidad (Santiago, 1998. CEPAL-OEA-SUR), pp. 14-36.

³² Ver del Ministerio de Educación: Curriculum. Objetivos fundamentales y contenidos mínimos obligatorios de la Educación Media (Santiago, 1998), y Reforma en marcha: buena educación para todos (Santiago, 1998). Una visión crítica en L.Reyes: “Reforma curricular ¿qué es preciso olvidar para enseñar?”, en Pedagogía Crítica 2 (Santiago, 2002), pp. 11-14, y en J.Pavez. “Hacia una verdadera reforma educativa”, en Alamedas 3 (1997), pp. 18-21.

mención habrá acerca de la fea pobreza ciudadana que campea entre las patas del huemul y del cóndor de la Patria, producto más de la fuerza que de la razón.

Es que todos los reformadores de un sistema que permanece, pese a todo, fáctico, están y estarán atados al “cuoteo político” (en Chile se usa como legítima consulta y práctica ‘democráticas’) que, en la actualidad, tiene como única función real reconocer que los poderes fácticos remanentes (militares, policías, cardenales, catedráticos conspicuos, centros de estudios sociales que investigan para el control policíaco, medios de comunicación, etc.) tienen, de hecho, un autoritario *poder de veto*³³. Y este poder de veto sobrepasa y anula no sólo el parecer técnico de los expertos invocados al paso por el Ministerio de Educación, sino también la opinión mayoritaria de la ciudadanía (respecto al divorcio o la píldora anti-conceptiva, por ejemplo) y, lo que es peor, las necesidades históricas profundas de la sociedad chilena como conjunto.

Por esto, en este sistema educativo, ningún ministro de Educación puede ser peligro para nadie. Ni tener liderazgo para ninguno. Pues su papel consiste en oficiar de portavoz ingenuo (e inocuo) de la memoria oficial.

¿Qué hacer? ¿Qué pueden hacer a este respecto los trabajadores de la educación? ¿Qué papel deben desempeñar aquí las universidades o los intelectuales críticos? ¿Qué rol les compete a las ONGs y a los educadores populares sobrevivientes? ¿Cómo pueden intervenir aquí las comunidades locales?

Es un hecho rotundo que el sistema educacional chileno actual, por sí mismo, no sabe ni puede canalizar, desarrollar y potenciar la memoria social. El peso de la memoria oficial oprime a los profesores y los acosa todos los días con el despido laboral³⁴. Mientras sean funcionarios bajo contrato precario, por horas y no por jornada, y a entera disposición del “sostenedor”, no podrán ser los “intelectuales transformativos” de que habla Henry Giroux³⁵. Y mientras estén dentro del sistema (lo mismo da que sea municipal, privado o subvencionado) los profesores no podrán pensarse a sí mismos, ni podrán rescatar el proceso educativo del cepo que le ha tendido la memoria oficial. Por esto, el sistema educativo, que pretende enseñar a pensar por sí mismo para aprender a aprender, ni se piensa a sí mismo ni aprende lo que debe: es sólo un instrumento *inerte* del poder fáctico que lo creó y lo sigue controlando hasta hoy (sólo que con las manos ‘legales’ del gato de las castañas).

Y de todo lo anterior se desprende que el saber acumulado a presión en la memoria social y el potencial de acción histórica que ella contiene necesitan de algo más que el (pobre) servicio que hoy le ofrece la educación formal. *Es un hecho que, hoy, Chile necesita de un segundo proceso educativo, o bien de un aparato educativo dual: uno formalizado (pero socialmente castrado) y otro necesitado de formalización (pero social e históricamente vivo)*. Si el sistema formal de educación no estuviera intervenido por la memoria oficial, y asimilara en cambio las necesidades de desarrollo de la memoria social, entonces ese segundo proceso educativo no sería necesario. Ni tendría sentido un sistema educativo dual. Ni existiría demanda por una educación crítica, de poder, orientada a la reconstrucción legítima del sistema dominante. Pero el hecho es que la

³³ Es lo que se observa en el retiro de ciertos textos escolares por parte del Gobierno, según anota el artículo de L.Reyes: “Del armazón de la memoria oficial...”, incluido en este volumen.

³⁴ L.Astorga (profesor): “El Magisterio. El momento que nos toca”, en *Pedagogía Crítica*, loc.cit., pp. 10 y 15.

³⁵ H.Giroux: “Los profesores como intelectuales transformativos”, en *Docencia* 15, pp. 60-66.

educación formal *está* intervenida, en un grado apreciable, por la memoria oficial. Y esto obliga a pensar ‘subversivamente’. Desde, por supuesto, los procesos históricamente vivos³⁶.

La “educación popular” del período 1976-1992 constituyó, de hecho, ese segundo ramal educativo. Fue la respuesta subversiva a la violenta memoria oficial que el pinochetismo infiltró en el sistema educacional de entonces. Y fue ella la que, en esa oportunidad, trabajó al servicio de la memoria social y la reconstitución de los tejidos asociativos de la baja sociedad civil. Pero el retiro de la solidaridad internacional (que financió ese proceso en los años ’80) y el desembocado intento de los gobiernos democráticos neoliberales durante los ’90 por fundir esa segunda corriente educativa en el mismo ‘tanque cultural’ de la memoria oficial (a través de la política de desarrollo social subcontratado, administrada por el FOSIS, las Direcciones Regionales y el Banco Mundial), han debilitado la infraestructura institucional y profesional de ese tipo de educación, o la han ‘neoliberalizado’, usándola como ‘otro’ mecanismo de legitimación tardía del sistema fáctico legado por el Pinochet. Así, el proceso educativo ‘b’, iniciado auspiciosamente desde 1976 en torno a la memoria social, se frenó después de 1992, por lo que se encuentra hoy estancado, disperso, girando en círculos, justo cuando el modelo económico chileno está mostrando síntomas notorios de estancamiento y polarización (sobre todo, desde 1997)³⁷.

Todo indica que el segundo proceso educativo *debe ser reconstituido y reimpulsado*. A como dé lugar. Duela a quien duela. Pues la lucha contra la memoria oficial debe ser reanudada, con más decisión y precisión que antes, *porque se ha perdido – para la educación de los poderes básicos de la ciudadanía – una década completa*. Y porque, en estricto rigor, la memoria social no sea ha debilitado, sino más bien ‘actualizado’ (la memoria fresca de los niños y los jóvenes de los ’90 y del 2000 ha trasladado el eje gravitacional de los recuerdos desde el pasado hasta el presente y el futuro). Lo que sí se ha deteriorado parcialmente ha sido su ‘superestructura funcional’: su antigua red de instituciones y profesionales coadyuvantes y, sobre todo, sus fuentes de financiamiento. Urge resolver el problema logístico. Urge pensar la economía política de la subversión educativa. La lucha con la memoria oficial, en su nivel estratégico, no se ha perdido. Más bien, en ese plano, se ha avanzado. Donde el proceso está estancado es en el ‘frente’ de los recursos. Y en este frente específico ha llegado la hora de *abandonar la fuente de recursos que controla el ‘enemigo’ (la memoria oficial), para constituir una red de aprovisionamiento propia, autónoma*. Fuera del radio de acción de los ‘vetos’ oficiales.

Con todo ¿qué hacer?

5

Perspectivas

³⁶ G.Salazar: “Los dilemas históricos de la auto-educación popular en Chile: ¿integración o autonomía educativa?”, en Propositiones 15 (Santiago, 1987. Ed. SUR), pp. 84-129.

³⁷ Sobre el debilitamiento de la infraestructura de apoyo de la educación popular en Chile, ver de G.Salazar: “Rol histórico de las ONGs en Chile”, en M.Aguila et al. (Eds.): Congreso Nacional de ONGs de Desarrollo (Santiago, 2001), vol. I, pp. 39-47.

No hay duda que, desde 1997 – con la llamada crisis asiática y la abrupta caída de la inversión extranjera –, el modelo económico chileno muestra síntomas de agotamiento en su capacidad de reforma y de estancamiento en su tasa anual de crecimiento. A lo cual se agrega toda clase de pronósticos más bien sombríos, dada la evolución reciente de la economía mundial. Esta tendencia, sumada a la alta tasa de desempleo, a la sideral tasa de empleo precario, a la aguda polarización de los ingresos y al excepcional desprestigio de las clases políticas civil y militar (indicadores que registran, en cada caso, índices muy superiores a los de 1960), señala que se está llegando a un período – tal vez de mediano plazo – de crecientes tensiones críticas, que no sólo invita a reponer los antiguos análisis de coyuntura que apuntaban a develar teóricamente el “carácter del período”, sino también a inaugurar una nueva etapa histórica en Chile³⁸.

Como antes – o como siempre –, esta nueva etapa debe ser imaginada y promovida por el movimiento social popular (o por la “baja” sociedad civil), que ha sido el sujeto histórico más golpeado no sólo por la ‘instalación’ (fáctica) del modelo económico neoliberal desde 1973, sino también por el ‘estancamiento’ (fáctico) del mismo desde 1997. Sin embargo, a diferencia del pasado, el movimiento popular deberá afrontar este desafío desde una situación *inédita o, al menos, distinta* a la que tuvo regularmente durante el siglo XX. Pues, en los últimos treinta años ha experimentado un sostenido proceso de *descapitalización* ideológica y política. Proceso que puede describirse así: a) en 1973, el movimiento popular se quedó *sin Allende*, o sea: sin el líder que, por décadas, encabezó la Izquierda Parlamentaria; b) en la década de 1980, y debido a la crisis de los “grandes relatos” y la “gran teoría”, el movimiento popular se quedó *sin Karl Marx*, y prácticamente sin “teoría social revolucionaria”; c) desde 1990, debido a que la Concertación de Partidos por la Democracia aceptó ‘administrar’ el modelo neoliberal legado por Pinochet y ‘rechazar’ toda forma de populismo, el movimiento popular se quedó, además, *sin Izquierda*, y d) desde 1992 (año del “desencanto”), comenzó a quedarse – como si fuera poco – *sin ONGs*, debido a la retirada de las agencias de cooperación solidaria internacional y a la entrada de las políticas sociales de subcontratación, que acorralaron y cooptaron a la mayor parte de esas ONGs.

La drástica descapitalización ideológica y política del movimiento popular quedó en evidencia cuando la UDI (Unión Demócrata Independiente) – el partido político más identificado no sólo con el modelo neoliberal, sino también con Pinochet – se convirtió, a comienzos del siglo XXI, en el partido electoralmente mayoritario, desplazando a la Democracia Cristiana. Y cuando ese mismo partido pudo darse el lujo – beneficiado por el hecho de que la Concertación está realizando un ‘buen’ gobierno neoliberal – de *asumir el ‘populismo’ que la Izquierda dejó vacante*, así como la oposición virtual y coyuntural al Estado Democrático Neoliberal³⁹.

El sistema neoliberal, por lo mismo, carece, hoy por hoy, de un *real enemigo político*. La Concertación de Partidos por la Democracia, que debió ser ese enemigo, se encuentra

³⁸ Son de interés los análisis de Joseph Stiglitz – Premio Nobel de Economía de 2001 – en relación a la paralización económica general a que conduce la lógica financiera de la “globalización”. Ver entrevista en la revista *Capital* 92 (septiembre de 2002), pp. 54-59. También de S.Amin: *El capitalismo en la era de la globalización* (Buenos Aires, 1998. Paidós).

³⁹ G.Salazar: “Representatividad y legitimidad del sistema político: ilusiones históricas e ilusiones presentes”, en *Universidad de Chile y La Nación* (Eds.): *Anuario de Chile 2001-2002* (Santiago, 2002), pp. 11-16.

hoy administrando, con elogiada responsabilidad neoliberal, ese mismísimo sistema. Convertida la Concertación al neoliberalismo, y la UDI al populismo, se logró la maravilla dialéctica de que la Izquierda sea Derecha, y la Derecha sea Izquierda. Desdoblamiento cruzado que no podía producir sino confusión y un ambiguo ‘empate electoral’ (que será, probablemente, rotatorio y, por lo mismo, endémico) muy similar al empate rotatorio en que incurrió la oligarquía política en la época del parlamentarismo.

No teniendo un enemigo político externo y antagónico, el sistema neoliberal no tiene ante sí otro adversario que no sea su *propia sombra*. O sea: su inercia histórica. Sombra e inercia que, sin embargo – como se dijo más arriba –, se han encarnado y vivificado en la ‘memoria social’. Más para mal de ese sistema que para su bien.

Por eso, si bien el movimiento social popular está *sin Allende, sin Marx, sin Teoría, sin Izquierda* e incluso *sin ONGs*, cuenta, al menos – y no es poco decir –, *con* la mayor parte de la ‘memoria social’. Es un problema a investigar y debatir si ‘esta’ memoria social es un capital histórico y político mayor o menor, con más o con menos poder estratégico que la ‘tradicición política de Izquierda’ en Chile. Si la experiencia acumulada a borbotones en los recuerdos populares (tanto de dolor como de identidad, del pasado lo mismo que del presente y futuro) y convertida allí en una emergente cultural social, es o no un legítimo punto de arranque para un nuevo movimiento social, un nuevo proceso subversivo y un nuevo proyecto de sociedad. Si la ciencia (cultura) que surge de la calle tiene más o menos capacidad que la ciencia académica que baja de los anaqueles para iluminar los procesos de cambio social que el movimiento popular necesita activar con eficiencia *hoy, siglo XXI*. Y si esa memoria social atiborrada puede sacar de sí una nueva ‘teoría’ (no de los genios individuales, sino del colectivo), una nueva forma de hacer ‘política’ (no desde arriba, sino desde abajo) y, por cierto, una nueva ‘sociedad’ (basada en el diálogo, el contrato social y la soberanía y no en el clientelismo de individuos o de masas).

Como quiera que sea, ante la ausencia real de la tradición política de Izquierda, no hay más alternativa que trabajar desde y con la memoria social. No se trata de una opción entre varias posibilidades, sino de la *única salida*. Salida que no está definida por la aplicación de una tradición o de esquemas preestablecidos, sino por el impulso de la *creatividad social permanente*. Lo que implica, al mismo tiempo, dar vida a un amplio y estratégico proceso de *auto-educación*.

¿Cómo avanzar en ese sentido?

- a) *Orientando las disciplinas cognitivas especializadas (ciencias) en el sentido de que asuman de lleno deberes y responsabilidades histórico-sociales*, abandonando su prácticas de auto-referencia teórica, comunicacional e institucional, e instalándose con identidad dinámica y consonancia global en la memoria social y cultural de la sociedad civil (en especial, de la ‘baja’ sociedad civil). Esta orientación implica romper con el positivismo ahistórico del pasado, con la memoria oficial y el esoterismo académico. Si esto implica inaugurar un ‘segundo’ proceso educativo, producir una situación de ‘dualidad’ y abrir un ‘frente conflictivo’, santo y bueno: es

señal de que la responsabilidad asumida es, precisamente, histórica y social, y no un mero *flatus vocis* académico⁴⁰;

- b) *Generando centros locales de articulación cognitiva entre actores sociales, profesores, estudiantes, profesionales e instituciones solidarias coadyuvantes*, tales que permitan acoger, localizar y concretizar el trabajo histórico-social de las ciencias especializadas y, a la vez, proyectar en un sentido amplio los procesos locales de producción identitaria y cultural. Sin esta articulación, ni las ciencias sociales (cuya 'fortaleza' radica en el conocimiento de lo nacional y global) pueden socializarse, ni la cultura local puede proyectarse, ni las comunidades pueden, por tanto, autoeducarse en el sentido de desarrollar su poder social⁴¹;
- c) *Asumiendo que toda práctica cognitiva, todo desarrollo cultural y todo proceso autoeducativo tienen, como responsabilidad histórico-social convergente, el cultivo sistemático del poder social (local) y ciudadano*. Entendiendo que el poder ciudadano no consiste ni en el derecho a voto (individual) ni en un hipotético derecho político 'formal' (de petición, consulta o de lo que fuere), sino en una *capacidad social multidimensional* que incluye las capacidades específicas para investigar, deliberar, decidir, producir, administrar, evaluar, recordar, interpretar, opinar, recabar e invertir recursos, proyectar, negociar, planificar, educar, crear, socializar, etc. Es decir: todas las capacidades para ejercer, en cualquier momento y respecto de cualquier problema, la soberanía ciudadana. Capacidades que, por cierto, no pueden darse en un solo individuo, pues sólo pueden darse, reunidas y potenciadas, en una comunidad o colectivo social⁴²;
- d) *Proyectando el poder multidimensional de la ciudadanía hacia y sobre todas las agencias locales de la memoria oficial (o del sistema dominante): las escuelas y colegios locales, las universidades, los municipios, los centros de salud, etc.* Pues el poder ciudadano (que es de base local y colectiva) está mejor capacitado para atacar y transformar el sistema en sus mecanismos locales que para atacarlo en su totalidad abstracta. La memoria y la cultura sociales (locales) pueden y deben instalar sus 'contenidos y prácticas' dentro de esos mecanismos, poco a poco, como una forma de vaciarles su médula sistémica, pero sin que esa memoria y esa cultura pierdan su autonomía local y sus centros propios de gestación y acción. Es preciso, por ello, ir copando las mallas curriculares de la educación básica y media, proyectar los colegios y la educación hacia el desarrollo local (barrial) y, sobre todo, regional (el único que tiene real sentido económico), integrar las universidades a la acción radial de los establecimientos básicos y medios, etc⁴³.
- e) *Utilizando las metodologías cualitativas y cuantitativas de las ciencias históricas y sociales no para extraer datos que benefician a 'la' ciencia, a los investigadores o a*

⁴⁰ G.Salazar: "De la enseñanza de la Historia en la época del post-fordismo: el debate chileno", en Alamedas 3 (1997), pp. 11-19; "Descentralización y sinergia histórica local: fracasos y desafíos", en O.Silva (Ed.): Bases históricas del desarrollo regional de Chile (1996. U. de Chile), pp.13-28, y "Los actores educativos y la ciudadanía emergente en el desarrollo local", en A.Araya y M.Folchi (Eds.): Recopilación de textos de apoyo a la docencia (Santiago, 1999. Universidad de Chile).

⁴¹ Es el horizonte de desarrollo posible para los Colectivos de Profesores de Historia y Ciencias Sociales que se han formado en Concepción, Rancagua, San Felipe, Santiago, Temuco y otros lugares.

⁴² Un ejemplo práctico de desarrollo de este tipo de poder lo ofrece el Movimiento de los Sin Tierra, en Brasil.

⁴³ Es el horizonte histórico posible para la implementación de conceptos tales como "empoderamiento" y "gobernanza".

las políticas públicas, sino, fundamentalmente, al desarrollo de los poderes múltiples del ciudadano. Esto implica trabajar los métodos y técnicas de investigación no sólo para producir el dato ‘duro’, sino para desenvolver la comunicación e interacción ‘social’, e incrementar, sobre todo, la capacidad y la eficiencia de la ‘acción colectiva’. Es preciso entender los métodos y técnicas de investigación – hoy por hoy mercantilizados y desteorizados – no sólo como parteros de información, sino, sobre todo, como ‘ocasiones de colectivización potenciada’. Como instrumentos de soberanía práctica⁴⁴;

- f) *Orientando políticamente el poder ciudadano hacia el control del gobierno local pero, sobre todo, al control de los procesos regionales de desarrollo económico y locales de desarrollo cultural.* El poder ciudadano no tiene como ‘fin’ u objetivo máximo ‘tomarse institucionalmente’ el gobierno local o regional, sino *controlar los procesos* locales y regionales de desarrollo social, económico y cultural. El poder ciudadano no se realiza convirtiéndose (apresuradamente) en poder formal e institucional, puesto que es, por nacimiento e identidad, el poder multidimensional de lo social y lo histórico, que es siempre ‘potencial’. Si el poder ciudadano mantiene el control de los procesos locales y regionales y una ubicua presencia histórica general, el sistema dominante a nivel nacional va quedando, poco a poco, descolocado y, localmente, desfuncionalizado⁴⁵. Y no tendría sentido gastar energías extras en atacarlo como si fuera ‘el’ Poder, pues, para entonces, ese sistema sería sólo una cáscara.
- g) *Planteando el conflicto real entre las comunidades locales y la globalización impuesta por el gran capital financiero.* El verdadero enemigo estratégico del poder ciudadano actual no es el Estado nacional, sino el gran capital financiero internacional. Y el instrumento mayor que el poder ciudadano puede utilizar para enfrentar a ese enemigo no es, tampoco, el Estado nacional, sino las redes asociativas internacionales del propio poder ciudadano (sea de etnias, de género, de comunidades locales, de educadores, de juristas de derechos humanos, etc.). El Estado nacional está sujeto a potentes presiones del capital internacional y del militarismo internacional, así como del capital y el militarismo ‘nacionales’. En comparación, las redes internacionales del poder ciudadano tienen las manos menos atadas, su legitimidad es superlativa y su poder internacional – que aun está en germen – puede tener un desarrollo insospechado. También es posible una educación contra-globalizadora.

La gran anchura, riqueza y profundidad de la memoria social que existe hoy en Chile – sobre todo en su baja sociedad civil – permite incubar y cultivar dentro de ella diversos e inéditos procesos autoeducativos, culturas identitarias de fuerte proyección histórica, prácticas políticas de alta legitimidad y sentido participativo, producción cognitiva de amplio consenso social y ‘contratos sociales’ varios, democráticos y factibles. La tarea es, en este campo, enorme, inédita, posible y éticamente ineludible.

La Reina, septiembre de 2002

⁴⁴ Es de interés, en este sentido, la propuesta de John Elliot. Ver “Compartiendo experiencias de investigación-acción con John Elliot”, en Docencia 14 (2001), pp. 69-80.

⁴⁵ Ver de G.Salazar: Estrategia globalizadora versus desarrollo regional y local en Chile contemporáneo (Arica, 2001. Universidad de Tarapacá) (Conferencia), 21 pp.

* Universidad de Chile - Departamento de Pregrado

Cursos de Formación General

www.cfg.uchile.cl

Curso: Memoria social: historia oficial, conflictos en Chile



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007 